

CICLO A

Sergio César Espinosa

Tu palabra es mi luz

Reflexiones para los domingos
del ciclo A



verbo divino

Sergio César Espinosa González

Tu Palabra es mi luz

Reflexiones para los domingos del ciclo A

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona,41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: Francesc Sala

© 2019, Sergio César Espinosa González
© 2019, Verbo Divino

Impreso en España - *Printed in Spain*
Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 1101-2019
ISBN: 978-84-9073-488-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Presentación

Recibí mi primera lección sobre el arte de predicar cuando era aún demasiado joven, casi un niño todavía.

Eran los ya remotos tiempos del Concilio Vaticano II. La celebración dominical se llevaba a cabo ya casi totalmente en lengua castellana, de modo que la comunidad comprendía bastante mejor aquello a lo que antes había asistido con toda reverencia y fervor, aunque en medio de una casi total incomprendición del lenguaje y de los mismos ritos.

Era yo un seminarista en sus primeros cursos y, durante mis vacaciones en casa, asistía a la eucaristía dominical junto con mis padres y mis hermanos; en una ocasión nos acompañaban algunas de las grandes matriarcas de mi “tribu”: la abuela y al menos dos de mis tíos. Quedé sentado en la banca entre mi madre y una de aquellas tíos. El celebrante presidía una de esas misas en las que había algunos elementos *“ad experimentum”*. Aunque el verdadero *experimentum* para el que presidía era tener que predicar. Como muchos otros de su época, es muy probable que él no hubiera recibido ni una sola clase acerca de ese arduo oficio.

Los antiguos “sermones”, casi siempre de tinte moralista, no eran una muy buena escuela, ya que el Concilio pedía una mayor atención a los textos de la Sagrada Escritura. Aquel domingo, el esfuerzo del predicador era sin duda muy encomiable, pero el resultado resultaba, por decir lo menos, penoso.

Mi tía, sentada a mi derecha, sin quizás pretenderlo, comenzó a darme mi primera clase de Homilética. Breves comentarios apenas audibles, acompañados de sendos codazos mucho más perceptibles, hacían de todo aquello una clase muy personalizada: “Tanto año en el seminario y ni siquiera aprendió a decir bien la misa”... (*Codazo*). “¡Para qué repite lo que ya escuchamos en el evangelio!”... (*Codazo*). “¿Por qué se alarga tanto? Creerá

que somos tontos y no sabemos pensar por nuestra cuenta”... (*Codazo*). “¿Qué le pasa a este hombre, que no se le ocurre nada que pueda servirnos de veras?”... (*Codazo*).

Para terminar, después de otras intervenciones, con lo que sonó como una orden perentoria: “Si vas a salir tan inútil para predicar como ese, mejor ni sigas en el seminario”.

Mi tía era una buena persona y, como el resto de la familia, había sido educada en la tradición católica y no la cambiaría por nada, pero resultaba evidente que ya no estaba dispuesta a escuchar “cualquier cosa”. Había empezado a comprender y a gustar la Palabra de Dios y esperaba del sacerdote celebrante algo que la ayudara a nutrirse más y mejor en ese encuentro dominical.

Por supuesto, ella no estaba sola; cientos y miles de personas a lo largo y ancho del mundo católico fueron creciendo en el deseo de conocer mejor la Sagrada Escritura, y con justa razón esperaban de los sacerdotes algo más que un buen consejo.

En los seminarios, las cosas cambiaban lentamente, y fueron muchos los esfuerzos por preparar mejor a los presbíteros del mañana. Y, aunque los cursos de predicación no ocupaban un lugar distinguido en el currículo, al menos comenzaron a aparecer en los programas de casi todas las casas de formación. No era sencillo, porque a pesar de que pudiera haber excelentes exégetas y expertos en estudios bíblicos, no había muchas personas con los conocimientos y habilidades que se requerían para llevar a cabo una eficaz predicación como servicio a la Palabra de Dios y a la comunidad cristiana de la época actual.

Hace ya más de 50 años de aquella primera e inolvidable lección. Muchas personas más han colaborado para hacerme gustar el estudio de la Escritura y también el arte de predicar. En ambas cosas me considero aún un mero aprendiz.

¿Cómo acercarnos a unos textos escritos hace siglos atrás y en lenguas para nosotros desconocidas? ¿Tenemos las herramientas y la capacidad para comprenderlos? ¿Por qué nos parece que pueden ser importantes para nosotros hoy?

¿Por qué un Dios que hace miles de millones de años dijo: “Hágase la luz...”, empezó a hablar a través de sus obras a un interlocutor, el ser humano, que apareció millones de años después?

¿Por qué suscitó hace apenas unos pocos miles de años a un pueblo que fue capaz de desentrañar sus palabras en la trama de una historia de liberación, trashumancia y asentamiento que lo llevó a salir de Egipto hasta habitar “*la tierra prometida*”?

¿Por qué esos recuerdos y las reflexiones que suscitaban se conservaron durante mucho tiempo en forma de relatos orales y solo tardíamente se plasmaron en textos escritos?

¿Por qué el pueblo de Israel y, posteriormente, los cristianos consideraron y siguen considerando dichos textos como sagrados, como Palabra de Dios?

No son pocas las preguntas, y las respuestas no resultan siempre sencillas. Dios, a quien nadie ha visto jamás (Jn 1,18), sí ha sido escuchado por generaciones y generaciones.

Los creyentes no solo afirmamos que Dios se ha comunicado, sino que lo sigue haciendo siempre, dentro y fuera de la tradición judeo-cristiana, si bien reconocemos el carácter singular y normativo de los textos de la Biblia.

La liturgia católica, cuyo leccionario fue enriquecido de muchas formas en los años posteriores al Concilio Vaticano II, nos ofrece un tesoro inabarcable del que tenemos que aprender a ir sacando cosas antiguas y nuevas, como nos invita a hacerlo el evangelista (Mt 13,52).

Al único esquema de lecturas que existía en los tiempos del Concilio, y que proponía solo dos lecturas para cada domingo, le sucedió un magnífico leccionario en tres ciclos (A, B y C) y con tres lecturas para cada domingo.

En este año emplearemos el ciclo A y será san Mateo quien nos guíe en nuestro caminar durante los domingos del tiempo ordinario de la Iglesia. Nunca estará solo, pues los autores de otros textos de ambos Testamentos complementarán nuestra liturgia dominical.

Para los tiempos llamados “fuertes”, Adviento/Navidad y Cuaresma/Pascua, que giran en torno a la preparación y celebración de las dos grandes fiestas litúrgicas del calendario cristiano, Navidad y Pascua –la luna y el sol de nuestra vida de fe–, el leccionario seguirá una temática apropiada y, junto a san Mateo, otros evangelistas serán leídos en esos domingos.

Este libro intenta prestar un sencillo servicio para que puedas disfrutar más de esa conversación con el Señor. Sin duda alguna, son los mismos textos bíblicos los que llevan precedencia, por lo que nunca hay que dejar de leerlos con mucha atención, escucharlos en la asamblea y releerlos cuantas veces sea necesario para lograr comprender lo que el Espíritu nos está diciendo.

Las reflexiones que se ofrecen buscan indicar algunos caminos por donde se podría avanzar en el diálogo con el Señor y no tienen otro afán que ayudar a los presbíteros y diáconos en su preparación para la homilía dominical, así como apoyar a las comunidades, grupos y personas que tengan interés en dejarse guiar por la luz de la Palabra.

Tu Palabra es mi luz es el título de esta obra. Es una convicción que se halla en muchos lugares de la Sagrada Escritura de manera explícita e implícita. Desde el primer momento de la creación, “*Hágase la luz*”, pasando por la historia de Israel y expresada de muchas formas en los salmos, hasta llegar al Nuevo Testamento, en el que el tema de la luz es abundantísimo.

Dios es la luz que ilumina nuestras tinieblas y nos permite caminar con pasos más firmes y con metas más claras en medio de los nubarrones de una vida muchas veces confusa.

Es un tema muy familiar para san Mateo, en cuyo evangelio no solo se habla de que los magos orientales, primicias de todos los pueblos, son atraídos por la luz de una estrella hasta Jesús (Mt 2,1-12), sino que este nos es presentado al inicio de su ministerio como aquel en quien se cumple la Escritura: “El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz” (Mt 4,16). El Hijo de Dios es, pues, una Luz para todas las naciones.

Más tarde, el mismo Jesús dirá a sus discípulos que ellos son la luz del mundo y la sal de la tierra (Mt 5,13), y les invitará a brillar de tal modo que los demás, viendo sus obras, den gloria al Padre, que está en los cielos (Mt 5,16).

Mi mayor deseo es que la Palabra sea tu luz y que el camino de tu vida esté permanentemente iluminado por Cristo resucitado, cuyo símbolo es el cirio pascual con el que fue encendida la vela que cada uno de nosotros recibió en el bautismo, personalmente o a través de los padres y padrinos.

Agradezco a todas las personas que han colaborado en mi formación cristiana y a aquellas con quienes he compartido el pan de la Palabra en muy diversos escenarios: celebraciones eucarísticas, grupos de estudio y reflexión, grupos de oración, alumnos y demás compañeros de camino en la aventura de ir dejándonos guiar por la luz de la Palabra de Dios.

*Sergio César Espinosa G., mg
Ciudad de México*

Isaías 2,1-5

Romanos 13,11-14

Mateo 24,37-44

“Caminemos a la luz del Señor”

Comenzamos el año hablando de sorpresas.

Quizás la primera sorpresa sea que hoy comienza un año nuevo. Estamos tan acostumbrados a que el año civil empiece el 1 de enero que no pensamos mucho en que, de hecho, un año puede comenzar en diferentes fechas, según el criterio que usemos para medirlo.

Hay un año nuevo civil, sí, pero también un año nuevo de vida, un año más de casados, un nuevo año escolar, un año sin la presencia de un ser amado, un nuevo año en el trabajo que desempeñamos... y también un año nuevo en el tiempo de la Iglesia, un año que esperamos que sea de gracia y bendición, un año de crecimiento espiritual y de mayor madurez cristiana.

Como cada año trae sus sorpresas, sin duda el que estamos iniciando traerá las suyas. Y, claro, hay sorpresas y sorpresas.

La breve sorpresa que se convierte en risa o carcajada ante el desenlace de un chiste bien contado y la sorpresa más larga ante un acontecimiento del todo inesperado.

La alegre sorpresa de un éxito deseado y la triste sorpresa de una mala noticia.

La sorpresa pasajera del triunfo del equipo que seguimos y la permanente sorpresa de un verdadero amor que se ha ido construyendo a lo largo de los años.

Sorpresa personales, sorpresas familiares, sorpresas colectivas... Sorpresas económicas, sorpresas artísticas, sorpresas políticas y también sorpresas religiosas... Muchas personas y cosas sorprendentes irrumpen en nuestra vida con una regularidad increíble.

No solo somos seres sorprendentes, sino que también somos seres capaces, muy capaces, de ser sorprendidos muchas veces y de formas muy diversas.

La lista se puede alargar mucho. Pensemos siquiera un instante en las sorpresas que este año de nuestra vida cristiana que acabamos de concluir nos trajo en nuestra vida personal y en nuestra vida familiar. Y si queremos, podemos ampliar el radio de nuestra mirada.

Se permite una sonrisa, si viene al caso, y también una lágrima, si se escapa inadvertida...

¡Sorpresa nos da la vida!

Con todo, hoy, el Señor nos invita a no dejarnos sorprender de mala manera.

Por supuesto que al comenzar el año solo quisiéramos escuchar buenos deseos. Quizás al oír la palabra de hoy nos parezca más bien un mensaje severo. Pero el Señor no nos amenaza, aunque sí nos invita a estar atentos a las cosas que van ocurriendo y a mantener esa actitud de forma permanente.

El regreso del Hijo del Hombre es seguro. Se trata del acontecimiento más gozoso del que se pueda tener noticia: la hora de la plenitud para el ser humano y para el cosmos entero. Pero las circunstancias que lo rodean y el tiempo en que ocurra son totalmente desconocidos para nosotros, y por eso es preciso estar preparados, no vaya a ser que seamos sorprendidos.

Ordinariamente, tratamos de estar preparados para que no nos sorprenda algún asunto desagradable, una catástrofe, un accidente, un robo, una enfermedad o la misma muerte. Hemos hecho casi una cultura del buscar estar “asegurados” contra todo lo que tememos. Estos seguros no pueden evitar que ocurran algunas cosas indeseables, pero al menos nos ofrecen el respaldo económico para hacerles frente.

Podemos decir que, en general, sabemos prepararnos frente a ese tipo de infortunios.

Pero me pregunto: ¿estamos igualmente preparados para los momentos alegres de nuestra vida? ¿Cómo podríamos asegurarnos de estar atentos cuando la dicha toque a nuestra puerta, para que no se nos pase de largo sin que nos demos cuenta?

“Velen, vigilen, estén alerta”, dice Jesús.

“Estén despiertos”, acota san Pablo. “La salvación está más cerca que cuando empezamos a creer”... “El día se acerca”...

Es obvio que no se nos pide desvelarnos o privarnos del sueño necesario. De lo que se habla es de una actitud vital gracias a la cual podemos verdaderamente vivir la vida, no simplemente ver cómo se la va llevando el tiempo.

Los cristianos, desde los primeros tiempos, entendieron el mensaje de Jesús. La presencia del Espíritu del Señor en medio de ellos los ayudó a mantenerse siempre alerta. Quisieron simbolizar esa manera de ver y de vivir con el Señor resucitado, por lo cual crearon el hermoso rito de la entrega de una vela encendida en el momento mismo del bautismo: ¡somos hijos de la luz! ¡Hay que estar despiertos en el camino de la vida!

Actualmente, en el bautismo de niños, a los papás y a los padrinos se les entrega una vela encendida en la llama del cirio pascual, que representa a Cristo resucitado, y se les pide: "ENSEÑEN A ESTE NIÑO A CAMINAR COMO HIJO DE LA LUZ".

Cuando el bautizado es un joven o un adulto, se le invita a él mismo a caminar siempre como hijo de la luz.

No es para menos. Nuestras dos fiestas más grandes, la Pascua y la Navidad, se celebran en la noche. Pero es una noche iluminada. Una noche que no nos sorprende dormidos, pues hemos aprendido a velar, a vigilar, sabiendo que el Dios de las sorpresas llega en el momento menos esperado.

Recordemos: cuando la historia de Jesús parecía concluida tras la pesada roca que sellaba su sepulcro, la vida verdadera estalló de manera deslumbrante: Jesús se alzó victorioso frente a la muerte con su resurrección.

¿Estaban todos despiertos? No, pero mientras unos aprendieron a caminar como hijos e hijas de la luz, otros prefirieron seguir sumidos en sus tinieblas.

Recordemos: cuando nadie esperaba una intervención de parte de Dios, en tiempos en que reinaban la injusticia y la opresión sobre el pueblo elegido, en un lugar pobre y apartado, de unos padres humanamente insignificantes, de manera totalmente sorprendente, el Hijo de Dios nació a este mundo.

¿Estaban todos despiertos? No. La mayoría siguió perdida en sus tinieblas, pero algunos vieron y se gozaron en esa gran luz.

¿Acaso no nos bastan estos dos incomparables eventos de nuestra historia para darnos cuenta de la manera en la que Dios actúa?

Grandes cosas ocurren cuando menos lo esperamos.

“A la hora que menos lo piensen –dice Jesús–, vendrá el Hijo del Hombre”.

Este anuncio no debe suscitar miedo, sino todo lo contrario: *“Vayamos con alegría al encuentro del Señor!”*, como cantábamos hace unos momentos en el salmo.

Este año nuevo de la Iglesia traerá muchas sorpresas, sin duda alguna, y por eso hemos sido invitados desde este primer día a mantenernos alerta, a vigilar y estar preparados, a caminar en la luz.

En este tiempo de Adviento, las palabras del profeta Isaías cobran renovada vigencia: *“Subamos al monte del Señor, a la casa de nuestro Dios, para que Él nos instruya con su Palabra y podamos marchar por sus sendas”*.

Es tiempo de adiestrarse no para la guerra, sino para construir la paz.

Empezamos este nuevo año con alegría, llenos de esperanza, con la certeza de saber que el Señor es quien va delante de nosotros y nos alienta y guía en el camino con el don de su Espíritu.

Cuando vuelva el Señor, no seremos sorprendidos; más bien, tendremos el más gozoso encuentro: en él se satisfará el anhelo profundo que subyace en todos nuestros deseos y por el que suspiramos mientras avanzamos vigilantes y bien preparados.

“¡En marcha! Caminemos a la luz del Señor”.

Isaías 11,1-10

Romanos 15,4-9

Mateo 3,1-12

“Uno más fuerte que yo”

Dos profetas y un apóstol nos hablan hoy acerca de aquel que es el cumplimiento de la promesa divina para Israel y para todas las naciones. En los textos que hemos escuchado tenemos un perfil que no es fruto de buenos deseos, sino de la fe y de la esperanza de todo un pueblo.

Isaías nos ofrece algunos rasgos que resultarían enigmáticos si solo se diera una lectura superficial a sus palabras.

Nos dice que *brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástagos que florecerá de su raíz.*

Es necesario recordar que Jesé era el padre del rey David, el prototipo de los reyes de Israel. La monarquía israelita había ido de tropiezo en tropiezo y, como en muchos otros sistemas políticos, el pueblo ya se había cansado de esperar a uno que fuera de veras “*el bueno*”, aquel que hiciera realidad tantas expectativas frustradas con el paso de los años. Volvían su mirada y no encontraban en su historia a nadie que de veras valiera la pena. David, quizás un poco idealizado, se alzaba solitario sobre los mediocres monarcas de Israel.

Ahora Isaías habla de un renuevo, de un vástagos nuevo que surgirá del mismo tronco. Se trata, por tanto, de un personaje regio, pero, a diferencia de los demás, este guiará al pueblo hacia la paz social y cósmica.

¿Será posible tal cosa? ¿Habrá alguien que, poseyendo el poder, juzgue verdaderamente según la ley y no según las apariencias? ¿Llegará el día en que un rey de veras busque la justicia para el pobre y el desamparado?

Eso es lo que el gran profeta anuncia.

Un vástago de David que permitirá que el Espíritu de YHWH repose sobre él. Alguien que dejará que Dios lo llene de sabiduría y de inteligencia. Uno que no pondrá en sí mismo la confianza, sino en el Dios que le regala con el espíritu de consejo y de fortaleza. Uno que no hará temblar a los demás, sino que se acogerá con humildad al Dios soberano con espíritu de piedad y de temor reverencial.

Un rey como el que aquí se describe estaría a contracorriente frente a todos los demás poderosos de la tierra, muchos de los cuales son autosuficientes, engreídos, arrogantes, sordos a sugerencias, consejos o reclamos, ciegos ante el infortunio de los pobres, vanos y superficiales en su estilo de vida y engolosinados con su supuesta grandeza.

Reyes y gobernantes en todos los órdenes de la vida política, social, económica, cultural o religiosa, que se aíslan en sus castillos, palacios o fortalezas y suponen que todos los demás, la plebe, vivimos sintiendo admiración y envidia hacia ellos. Endeble gigantes con pies de barro, que no dejan más que sufrimiento a su pueblo y acaso una nota fugaz en los libros de historia que recordarán su mal gobierno.

El pueblo de Dios ha sufrido y sufre.

Dios le dice a su pueblo, en palabras de Isaías, que Él sí tiene memoria y que renueva su pacto a través de un ungido que no está en la línea de los demás ungidos que hasta entonces habían conocido.

Los violentos y los impíos no podrán sostenerse ante este mesías de justicia y fidelidad, mientras que el pobre y el desamparado podrán ver en él el reflejo de la identidad divina: justicia y equidad.

Los cristianos adivinamos en esas palabras del profeta los rasgos característicos de Jesús de Nazaret, el renuevo del tronco de Jesé que se alza como estandarte para todos los pueblos, aquel a quien buscan todas las naciones, aunque lo hagan a tientas y en medio de tinieblas.

Con él se ha de establecer el Reinado de Dios. Cuando él llegue, YHWH será de veras el que reinará. Juan Bautista lo siente ya muy cerca. Es consciente de su propio poder de atracción a través del anuncio que realiza, pero reconoce bien su papel: “*Yo los bautizo con agua, pero el que viene después de mí es más fuerte que yo y yo ni siquiera soy digno de quitarle las sandalias*”.

La obra de quien Juan llama “*uno más fuerte que yo*” es la de sumergirnos en Espíritu Santo y fuego. Como el mesías anunciado por Isaías, también este personaje juzgará, pero tampoco lo hará por las apariencias: “*No se hagan ilusiones pensando en que tienen por padre a Abraham*”... Es necesario un camino nuevo: “*Hagan ver con obras su conversión*”.

Si bien el Bautista no habla de los violentos y los impíos, sí hace referencia a los que son “*de paja*”, ya que estos no resistirán la prueba del bautismo de fuego, mientras que *el trigo* tiene un lugar seguro en el granero divino.

El perfil que nos van presentando estos dos gigantes de la profecía no se parece nada a esa imagen que hemos heredado de un romanticismo vacío, la de un Jesús dulce y tranquilo, sentado entre azucenas e incapaz hasta de mantener una mirada directa.

Este es un Mesías de justicia y equidad, un Mesías lleno de Espíritu Santo y fuego, “*uno más fuerte que yo*”, dice el Bautista.

Sin embargo, estas palabras proféticas no buscan despertar la intranquilidad o el miedo, sino la reflexión y la conversión. “*El más fuerte*” no quiere cortar árboles, sino hacerles producir frutos, frutos de justicia y fidelidad que den como resultado una paz verdadera entre todos los pueblos y una armonía con toda la creación, como bellamente la describe el texto de Isaías.

Dos profetas, separados por siglos en el tiempo, pero unidos en la esperanza del Reino de Dios que ya se acerca.

Volvamos ahora la mirada al texto del apóstol que nos invita a conocer las Escrituras, fuente de consuelo y paciencia y que, además, nos ayudan a mantener firme la esperanza.

La fe en Dios y la fidelidad al Espíritu de Cristo Jesús nos impulsan a los cristianos a “*vivir en perfecta armonía unos con otros*” para alabar a Dios con un solo corazón y una sola voz.

Estadísticamente, somos un pueblo cristiano, mayoritariamente católico, pero el ideal de la paz y armonía del Reino de Dios no se ha hecho realidad entre nosotros.

Estamos aún muy lejos de *acogernos unos a otros como Cristo nos acogió*. Las diferencias religiosas, las brechas económicas, los estratos sociales, los abismos educativos, las rupturas y divisiones étnicas, las discriminaciones y marginaciones de todo tipo siguen siendo piedra de tropiezo en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad.

En principio somos iguales, pero solo en principio... porque a fin de cuentas estamos muy lejos unos de otros y, además, muchas veces nos descubrimos con pocas ganas de estrechar las distancias que nos separan.

Al avanzar en nuestro tiempo de Adviento, las voces de los profetas se vuelven más acuciantes. No hay lugar para la paja en el Reino de Dios, no hay lugar para la inequidad y la injusticia, no hay lugar para la violencia y la impiedad, no hay lugar para la infidelidad...

El árbol no se adorna con esferas y remedos artificiales, aunque hermosos, de las frutas originales; el árbol se debe adornar y debe brillar con los frutos de la justicia y la santidad: "*Hagan ver con obras su conversión*"...

Que llegue a nosotros el Reinado de Dios, que irrumpan la justicia y la fidelidad en nuestro mundo, que vayamos con alegría al encuentro de Jesús, el más fuerte, para dejar que nos sumerja en su Espíritu Santo y en el fuego transformador.

¡Vástago del tronco de Jesé, Jesús Mesías, ven en nuestra ayuda!

¡Tú, el más fuerte, hijo del Bendito, ven a salvarnos!

¡Ven, Señor Jesús, no tardes!

Isaías 35,1-6.10

Santiago 5,7-10

Mateo 11,2-11

“Estén siempre alegres”

Pedíamos en la oración que el Señor nos conceda celebrar el nacimiento de su Hijo “*con un corazón nuevo y una inmensa alegría*”.

En el día de hoy, la alegría es una de las notas más brillantes de nuestra celebración. A este domingo se le solía llamar *Gaudete*, por ser esta la primera palabra de la antífona de entrada, tomada de una exhortación que hace san Pablo a los cristianos de Filipos: “*Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres*”.

Aunque este es el versículo inicial de la liturgia de hoy y no volvemos a leer hoy nada de la Carta a los Filipenses, nunca deja de admirarme el hecho de que san Pablo irradié tanto gozo en esa carta, siendo así que la escribe desde la cárcel. ¡Debió ser inmensa la fe del apóstol para poder expresarse de esta manera, cuando casi todos los mortales estaríamos mucho más propensos a la queja, la lamentación o la maldición si nos encontráramos en circunstancias semejantes!

“*Estén siempre alegres*”. Quisiera que todos saliéramos contagiados con esas palabras.

El Señor está cerca y su presencia es la causa más intensa de gozo que puede haber.

Me llama la atención que con cierta frecuencia me encuentro cristianos que no son capaces de experimentar la alegría en sus vidas. Tal vez recibieron una imagen muy distorsionada de Dios; tal vez asumen que la religión es algo serio y que, por lo mismo, el gozo debe ser excluido; tal vez los desengaños o problemas de

la vida los hayan abrumado y les hayan arrancado la esperanza; tal vez confunden la alegría con la superficialidad...

Sea lo que sea, a ellos, como a ustedes y a mí, están dirigidas las palabras de san Pablo: “*Estén siempre alegres*”.

En este tiempo de Adviento y en los días venideros de la Navidad surge espontánea la alegría del recuerdo: la inocencia de los años infantiles, la vida en familia, las luces deslumbrantes, las decoraciones atractivas, la música de la época, los regalos dados y los recibidos, las comidas compartidas, los sueños acariciados y los desvelos mágicos...

Y todo por un niño que nació como un pequeño desconocido a las afueras de una aldea insignificante, de unos padres sin renombre y sin más posesiones que su intenso deseo de hacer siempre la voluntad de Dios.

La alegría del recuerdo, pero también la alegría del trayecto: “*Regocíjate, yermo sediento. Que se alegre el desierto y se cubra de flores... porque le será dada la gloria del Líbano*”.

No es el punto de llegada, pero la alegría transcurre durante todo el trayecto porque sabemos que el que viene es Dios, y viene para salvarnos.

El Adviento no es la espera impaciente en una silla incómoda de un cuarto cerrado; el Adviento es camino gozoso... *Hay que fortalecer las manos cansadas y afianzar las rodillas vacilantes*. Si se tratara de una espera ociosa, no habría necesidad de fortalecer ni de afianzar las extremidades, y bastaría acomodarse bien en la poltrona y dejar pasar el tiempo.

Manos fortalecidas, rodillas firmes, mirada renovada, oído atento, a saltos y con cantos, “*coronados de perpetua alegría*” porque vamos de camino rumbo a la casa... la casa de Dios, que es también nuestra casa verdadera.

A la alegría del recuerdo y a la alegría del trayecto se une la alegría de los signos: “*Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios de la lepra, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el Evangelio*”.

Son las señales que ofrece Jesús a los emisarios de Juan el Bautista.

Tienen que ser también las señales de la presencia de Dios en nuestro mundo a través de los que formamos la Iglesia: nos toca hacer ver a los que no lo hacen; nos toca ayudar a moverse a los que están paralizados por diversas causas; nos toca limpiar

y reintegrar a la comunidad eclesial y a la comunidad humana a los que han sido despreciados y marginados; nos toca llevar la Palabra y la música a los que tienen los oídos cerrados y también a quienes se los han cerrado; nos toca sacar de su muerte a los que siguen entre nosotros pero no se han dado cuenta de que ya entregaron su espíritu. Se lo entregaron al alcohol, se lo entregaron a las drogas, se lo entregaron a una de tantas formas de adicción; se lo entregaron a algún vicio, se lo entregaron al rencor, a la desesperación, al pecado...

Y nos toca, además, hacer verdadero el signo por excelencia que nos invita a ofrecer el Señor, lo realmente espectacular: *¡a los pobres se les anuncia el Evangelio!*

¡Cuánta alegría hay cuando vamos descubriendo los signos de la presencia de Dios en torno a nosotros! ¡Cuánta alegría cuando los descubrimos en nosotros mismos! ¡Y cuánta alegría hay en ayudarle al Señor a que siga dando signos de su presencia al mundo entero a través de nosotros!

Si hay alegría en el recuerdo, en el trayecto y en los signos, también hay alegría en la esperanza del encuentro.

No vamos avanzando hacia la nada, no vamos avanzando hacia el fin; vamos avanzando hacia la vida en la casa del Señor. Es Él quien nos sale al paso y se hace compañero en el largo caminar de la vida. Es Él quien sostiene nuestra esperanza, quien la alienta a cada paso... Somos los rescatados del Señor, somos los invitados a su Reino, ¡somos sus hijos!

Aguardamos con paciencia y mantenemos firme el ánimo porque sabemos que la venida del Señor está cerca.

El Señor vino.

El Señor viene.

El Señor vendrá.

Recorremos nuestro camino entre el gozo del recuerdo, hacia el gozo del encuentro, en el gozo de los signos que nos van mostrando que Jesús es el que había de venir y no hay que esperar a otro.

Los emisarios de Juan obtuvieron su respuesta, y suponemos que el Bautista quedó completamente satisfecho con el reporte que le llevaron.

De nuestra parte podemos estar seguros: él es el que había de venir, ese profeta itinerante de humilde origen, ese Jesús de

cuyo nacimiento nos alegramos en estas fechas y cuyo regreso glorioso aguardamos con firmísima esperanza.

Él es el que había de venir.

Hermanas, hermanos: “*Estén siempre alegres en el Señor; se lo repito, estén alegres. El Señor está cerca*”.

Isaías 7,10-14

Romanos 1,1-7

Mateo 1,18-24

“Siendo justo, decidió... e hizo”

Hoy quisiera comenzar mi reflexión con algo que quizás les parezca muy distante de los textos que acabamos de escuchar. Espero que poco a poco vaya quedando más claro por qué escogí esta línea de meditación frente a estos fragmentos de la Palabra que nos propone la liturgia de este cuarto domingo de Adviento.

Quiero hablar de un proceso de discernimiento que, a mi entender, está implícito en el Evangelio: el proceso comienza por observar, luego pasa a deliberar, más tarde a decidir y por último a actuar.

Lo primero, como es evidente, es tratar de observar bien lo que va ocurriendo a nuestro alrededor. Los cambios que se suscitan fuera de nosotros y lo que ocurre también en nuestro interior como reacción a los acontecimientos que vamos viviendo. Si queremos discernir, tenemos que empezar por ser personas verdaderamente observadoras, hombres y mujeres de mirada penetrante.

Hay sucesos muy cotidianos y otros muy ocasionales; algunos apenas cautivan nuestra mirada por un segundo y otros van a requerir mucha y muy detenida observación, pero, si no somos capaces de observar así, no podremos llegar a verdaderas decisiones. En lugar de vivir la vida, esta nos va viviendo a nosotros.

La observación nos lleva a la deliberación, a sopesar de acuerdo a nuestros parámetros de juicio aquello que ocurre y, sobre todo, aquello que nos ocurre al tener que hacer frente a los cambios externos e internos. Esta deliberación está encaminada a analizar las razones que nos inclinan hacia una posible ruta de acción o nos distancian de ella.

Esta parte del proceso parece, y es, complicada. Lo que nos parece bueno en primera instancia ¿es verdaderamente bueno en sí y lo es también para nosotros? ¿Qué nos ocurriría si seguimos esa línea de acción? ¿Qué consecuencias sobrevendrían si lo hacemos o si no lo hacemos? ¿Nos estamos inclinando a valorar la cosa en sí pero no hemos considerado suficientemente sus implicaciones? Como cristianos, no podemos contentarnos con pensar: “¿Qué tiene de malo?”. Este sería un criterio realmente mediocre. Nuestra pregunta ha de ser: ¿Qué tiene de bueno? ¿En qué me hace ser mejor? ¿Habrá algo todavía mejor que esto que estoy pensando?

La deliberación lleva su tiempo, pero es indispensable para hacer un buen discernimiento.

Una vez sopesados los pros y contras, tenemos que llegar a una decisión.

Parece que es algo sencillo, pero toda decisión conlleva no solo una elección positiva, sino una renuncia a otros posibles caminos de acción. Por más claro que nos parezca el resultado de la deliberación, la decisión es casi siempre costosa, difícil, y es aquí donde entra en juego la libertad. Somos libres en el momento que elegimos, no cuando estamos observando o cuando deliberamos... Ahí aún no hay ejercicio completo de la libertad. Esta se da solamente en la elección. Ser libre no es mantenerse indeciso, sino atreverse a abrir una puerta e ingresar por ella sabiendo que se están dejando otras puertas cerradas cuyos umbrales tal vez jamás vamos a poder cruzar.

La decisión desemboca en la acción. Es decir, el proceso concluye cuando nos implicamos directamente en aquello que hemos decidido. Todos sabemos que mentalmente hemos tomado muchas “*decisiones*” que nunca llegaron a ponerse en práctica, pues fueron procesos inconclusos. No se trata de llegar a unas buenas intenciones, sino de realizar aquello que arduamente hemos decidido.

Al ir avanzando por ese camino, quizás nuevos cambios, nuevos datos y nuevas informaciones nos harán ajustar o reconsiderar la decisión tomada, pero creo que nunca se hará en contra de los principios o criterios que hemos ido haciendo nuestros en estos procesos en los que nos implicamos más frecuentemente de lo que podemos reconocer.

¿De dónde saco todo esto? ¿Por qué estoy hablando de estas cosas?

Mi maestro el día de hoy es José, el silencioso José, José el de la mirada profunda, el del silencio elocuente, el de las decisiones valientes, el hombre capaz de rehacerse de acuerdo a sus propias convicciones más profundas.

José, el que observa los cambios en el cuerpo de María y quizás en su estado de ánimo.

José, el que siente que el corazón se le agita y la mente no le deja descansar.

José, el que tiene que ponerse a deliberar qué hacer ante semejante situación.

José, el que no grita, ni pregunta, ni reclama, sino delibera en silencio... Conoce a María, confía en ella, pero el cambio es evidente...

José, el hombre justo que entiende que hay un camino que no puede recorrer: no quiere poner en evidencia a su querida esposa, pero tampoco puede quedarse indeciso o aceptar como hijo suyo al que sabe bien que no lo es.

José, el hombre justo, decide dejarla en secreto.

Será para él un grave inconveniente tener que alejarse de los suyos, de su casa y de su fuente de trabajo. Muchos lo tacharán de irresponsable por abandonar a su mujer encinta, pero ese es el camino que sus convicciones le abren, y está dispuesto a recorrerlo.

Antes de poder consumar la decisión tomada, se le revelan nuevos datos que le eran hasta entonces desconocidos: “*Ella ha concebido por obra del Espíritu Santo*”.

Su decisión debe cambiar, y por ende su acción también, pero no sus principios ni sus convicciones. José acepta recibir a María en su casa y hacerse cargo del hijo que ella lleva en sus entrañas, precisamente porque él es un hombre justo. Esto no ha cambiado un ápice.

José hizo lo que le había mandado el mensajero del Señor. Su discernimiento humano queda enriquecido con el mensaje de Dios.

Francamente, me quedo maravillado de todo lo que se dice en unos cuantos renglones del evangelio de hoy.

“*Cristo vino al mundo de la siguiente manera*”, nos decía san Mateo. Pues bien, no llegó por la vía más sencilla, ciertamente. Aún antes de nacer, Jesús exige discernimiento profundo y decisiones muy serias. Discernimiento y decisiones a los que no se

llega sin una buena dosis de esa “*justicia*” evangélica de la que hace gala san José.

Si nuestra fe no se apoya de veras en Dios, andaremos buscando siempre otras fuentes de seguridad. Y si no me creen, pregúntenle al rey Ajaz, que quiso ponerse elegante al no pedir una señal a Dios, pero que en el fondo sabía que si lo hacía y el Señor le ofrecía la señal, él tendría que hacerle caso, y, al parecer, se sentía más seguro con sus alianzas humanas que con el intangible apoyo divino.

Dios le ofrece una señal que Ajaz tal vez no puede entender: *la doncella va a concebir y a dar a luz un hijo al que le pondrá el nombre de Emmanuel*. A Ajaz, que está pensando en la inminente destrucción de su pueblo a manos de sus enemigos, Dios le dice que hay esperanza de vida, que hay vida verdadera, porque Dios siempre está con nosotros, ¡Emmanuel!

Los cristianos hemos entendido que esas palabras no le fueron dichas solamente a Ajaz, sino a todos los que a veces preferimos nuestra justicia a la justicia divina, nuestra confianza en apoyos humanos en vez de nuestra fe en Dios.

Se nos anuncia el nacimiento de un niño en el que *Dios está con nosotros*.

Esa es la buena noticia que anuncia Pablo, el Evangelio que se refiere al Hijo de Dios. Y que Pablo, como cada uno de nosotros, tiene el privilegio, la gracia, de anunciarlo a todos para llevarlos a la aceptación de la fe, para gloria de Dios.

Hermanas y hermanos, no quiero dejarlos con la imagen del cobarde rey Ajaz, ni siquiera con la del valiente apóstol Pablo, sino con la de ese inmenso hombre de fe, José, el justo.

En esta época de incertidumbres, de cobardía e indecisión, de fáciles acomodos, de acciones impensadas, de consecuencias no asumidas, de libertades sin estrenar, quiera Dios hacer que su Hijo venga al mundo gracias a hombres y mujeres de discernimiento serio y de decisiones coherentes con lo que Él nos va revelando a cada paso de nuestra vida.

Isaías 9,1-3.5-6

Tito 2,11-14

Lucas 2,1-14

“Un niño nos ha nacido”

Era una pareja de forasteros.

Por el acento, seguro que eran galileos.

Además, eran pobres, y con solo ver a la joven mujer se sabía que pronto tendrían problemas.

Era claro que ahí no tenían parientes o amigos cercanos, pues de lo contrario no andarían buscando un lugar para quedarse.

Pero no, no había lugar para ellos en la posada de Belén.

No sabemos si de veras no había lugar en la posada o si no había lugar “para ellos” en la posada. Para ellos, para esos forasteros galileos, pobres, sin amigos ni parientes en la ciudad de David y con problemas serios en el corto plazo.

Así que los dueños de la posada dejaron que las puertas permanecieran cerradas, para su mala suerte, pues hubiera llegado a ser la posada más famosa del mundo si se hubieran atrevido a abrirlas a aquellos forasteros.

La mala suerte de la posada fue la buena suerte del pesebre.

¡Un pesebre!

Muchos de los que nacimos en la ciudad nunca hemos visto un pesebre real y, muy probablemente, ni siquiera sabríamos qué es eso si no fuera por aquel sencillo lugar en el que María y José recostaron a su recién nacido después de envolverlo en pañales.

Porque fue allí, junto al pesebre, donde le llegó a María el tiempo de dar a luz.

Nunca se había dicho con más propiedad aquello de “dar a luz”.

María dio a luz a la Luz.